

Sólo *El Cuento* y tus cuentos son eternos, Edmundo

PEDRO ÁNGEL PALOU

Cuesta trabajo escribir de Edmundo Valadés en pasado: fue, era, lo vi, hablé. Su efigie de niño risueño y travieso y su sonrisa parecen estar en presente. Lo que él veía y admiraba en Villaurrutia podría aplicársele a esa imagen última: “personaje inolvidable de ojos proustianos profundos, al acecho, en los que se producían miradas cordiales, cordialmente irónicas a veces”. Así, al menos, lo recuerdo. Conversábamos en Tlaxcala y si en el calor de las copas y las frases se deslizaba algún cuento que no conociera lo apuntaba inmediatamente, se aseguraba de que le enviarías puntual la fotocopia. Brillaban sus ojos: un destello y continuaba la conversación.

Aquella ocasión —como en otras muchas en que coincidimos— hablamos de Xavier Villaurrutia. Muchas veces repitió en entrevistas que el poeta había sido quien lo hizo desistir de escribir versos. Ahora me lo contaría. Valadés —por entonces estudiante, poeta en ciernes— le llevó unos versos al autor de los *Nocturnos*, recién de regreso de Yale. Villaurrutia apuntó algún verso medianamente feliz y le dijo: “Valadés, mejor escriba cuento.” Frustrado por la crítica comenzó a explorar el género que, a la postre, sería su pasión y publicó algún primer intento de narración. “Todavía una prosa poética.” Al encontrarse en un tranvía, Villaurrutia lo saludó: “Ahora sí ya es usted escritor, Valadés.” Sirva la anécdota para introducirnos al año 1937, el que marcaría la vida de Edmundo y, por supuesto, la del país.

La revista *Hoy* (Regino Hernández Llergo) sacude al país, Cárdenas lo cambia. Los grandes reporteros y entrevistadores ... Desde la redacción de *Hoy* un grupo de jóvenes

asimila vertiginosas experiencias, sale del subdesarrollo de la clase media de la que proviene, aprende a vivir de noche, se parte en la lucha por adquirir conciencia política ... Lo rodea de cerca o de lejos una revolución que transforma el país y todos los ángeles y demonios.

Quien nos habla así es el propio Valadés en 1965 en ese memorable encuentro: Los narradores ante el público.

Ahí mismo, declara: “Le fui infiel a la literatura. Lo he pagado caro: un escritor no se improvisa, y si no vive con la pasión de crear como una exigencia diaria, no logrará la que podrá ser su gran obra.” Muchos críticos —Federico Patán a la cabeza— piensan lo mismo: los cuentos de Valadés estuvieron siempre por debajo de sus dotes de narrador. Algunos, más benévolos, lo sitúan como el autor de un solo cuento: *La muerte tiene permiso*. Los más lo retratan como el más ferviente animador del género en América Latina. Todos, en parte, dibujan las tensiones que nutrieron su vida y su obra, ambas profundamente seminales para las generaciones de futuros cuentistas.

Pero vayamos por partes. Esa parte de la vida que llamamos infancia —lo único digno de recordar según su admirado Marcel (Valadés escribió un ensayo espléndido, pero casi desconocido: *Por los caminos de Proust*)—, marcada por las secuelas de la lucha armada y por la figura literaria de su padre, en el eje Guaymas-Distrito Federal (aunque su cuentística sea predominantemente urbana lo recordamos por un cuento rural, con el tema de la justicia social, a la manera de dos de sus compañeros de generación: Arreola y Rulfo). Guaymas, en el recuerdo, era descrita así: “Esa esperada sorpresa inauditamente verde-azul del

mar; esos cerros coronados de remates absurdos o imposibles. Y el mar, síntesis de inmensidad que no pude calcular ... ¿Qué recuerdas? ... Un motel rodeado de arena. Casas con techos de paja. Aire salino. Y una brisa que se unta a la piel." Ahí, en el recuerdo, el niño le habla: "Desde aquí te veo. No me gustas. No eres lo que yo era. Tus ojos no son los míos. Tú eres otro. Yo soy feliz, no tengo ningún fardo, ningún complejo ... Vivo feliz en este puerto ... Ésta es mi calle, mi casa. Estás de más. Eres un extraño. No me gustas. No quiero conocerte. Vete."

El padre, escritor de sonetos: "Mientras tu cuello de impecable albura / despertaba en mi amor un cruel delirio / como un tigre con hambre de corderos", fundador de periódicos, maderista, autor de un libro de aforismos escépticos: *El libro íntimo*, autor de textos lingüísticos y un diccionario de artes gráficas. ¿Su madre? "... una desvaída imagen, una fugacidad inconcreta, una ternura incumplida. ¿Qué me queda además de la visión irreal de su traje blanco, bordado? ... Me ha dolido de siempre". ¿Las lecturas? *Las mil y una noches*, versión expurgada. Medio huérfano llegaría a Méxi-



andreyan

co en 1922 a vivir con unos tíos en Mixcoac. Y sería otra su infancia, y otra su literatura.

Al declarar sus obsesiones, comentaba: "los conflictos urbanos, la soledad, la violencia, el sexo, en el hombre, el ser humano que habita como en el caso mío, la Ciudad de México, porque yo soy de ahí". Pero volvamos al periodismo, la actividad fundamental de Valadés —como reportero, redactor y, por supuesto, editor de la más prestigiada revista del género, pasión de su vida—. Volvamos, entonces, a los jóvenes de Hoy:

Quiñones, abstemio que traduce a Omar Khayam, combinación genial de marxista, protestante y homeópata; Spota, corriendo hacia la novela; Blanco Moheno, con talento especial para el polemismo; David Lozano, observador frío del bien y el mal; Alcayde, creador humorista de fantasmas; Tirado Fuentes, pionero del whisky escocés, de las corbatas inglesas y de la poesía de José Gorostiza ... yo, sin saber asumir la espada o el libro —les ponen "pies" de grabado a fotografías de matanzas de chinos, de la belleza corpórea de Ann Sheridan, del general Cárdenas conviviendo con los indios ... de la elegancia de Dolores del Río, de Orson Welles suscitando el pánico haciendo creer que llegaron los marcianos.

Aprendizaje del oficio, infidelidad. Quién sabe.

Era difícil entonces iniciarse en la literatura como en un oficio o en una profesión. Escribir era tarea destinada para que la apreciaran los amigos, siempre dispuestos a un favorable juicio excesivo por el afecto y la admiración y que, como advirtió Villaurrutia, es una de las formas de la injusticia.

¿Y la obra? Ya Huxley apuntaba lo terrible que puede ser el periodismo con el escritor, pero en América Latina es una de las únicas opciones para poder escribir. Valadés, sin embargo, antes de 1955, cuando publica *La muerte tiene permiso*, ya ha escrito mucho. Él declara que desde los doce años (por cierto, su primera publicación habría de rastrear-se en una revista del poeta español *Florisel*, Ricardo de Alcázar), aunque los cuentos de ese primer libro son posteriores a los treinta años —después de 1945—, se nota en toda su obra un rigor y una parquedad que, nuevamente, lo acercan a Rulfo y a Arreola.

El tipo de personaje elegido por Edmundo Valadés en sus cuentos refleja el mundo que le reveló ser reportero. Como ha apuntado Federico Patán:

... sitúa personajes cuyo rasgo común es representar lo que llamaremos el hombre pequeño, sin que la descripción tenga resonancias peyorativas. Pequeño en el sentido de que en el mundo literario de Valadés no aparecen intelectuales, banqueros, grandes comerciantes... Tenemos al hombre dedicado a labores como cajero de banco, burócrata, periodista, obrero, judicial... está con los de abajo, con los derrotados, con los que buscan ansiosamente una felicidad para que les llene los días y los haga pasables.

No es el momento de estudiar la psicología de los personajes de Valadés, pero la importancia de la mujer—y de la sexualidad tímida, tanteante, turgente—es con seguridad una de sus constantes. Como cuentista y promotor del género nos ha enseñado no una forma canónica de escribirlos—en los de él predomina la sorpresa final—pero sí un rigor extremo en la forma y la anécdota. En *El Cuento*, la sección dedicada a cómo escribir cuentos (que va de Quiroga a Bioy Casares, pasando por Sherwood Anderson y Cristina Peri Rossi, y especie de editorial de la revista) es probablemente la mejor maestra del género. Su propio decálogo lo pinta así: “un cuento debe ser breve. Lo demás incluye, diría, tener un buen principio, un buen final, una buena estructura, un buen diálogo”.

No puedo olvidar—en este recuento de mi Edmundo Valadés, el que me es imprescindible—su contribución al desarrollo de la prosa breve—de la imaginación, diría él: minificción—y de ingenio, cuya primera producción mexicana él sitúa en “A circe” de Julio Torri en 1917. Estos textos—que abundan en su último libro—contenían todo lo que él admiraba de un buen cuento y, además, no le sobraba una palabra, máximo ejemplo de concisión y rigor.

Un cuento, referido por Valadés acerca de su propia vida—origen y destino de sus fabulaciones futuras, donde aprendería que no siempre ocurre lo que uno espera—, nos lo dibuja mejor:

Mi padre cerraba uno de sus párpados. Cuidadosamente, como si con los dedos lo desatornillara, se extraña el ojo oculto y lo dejaba caer en un vaso de agua. El ojo era invisible, pero ahí estaba. Observaba yo el vaso, donde reposaba el ojo ve-



rídico, separado de su cuenca, y luego el párpado, tras el que había un angustioso vacío. Era la edad para creerlo todo, esa fuerza inmensa que después se desmorona y nos insensibiliza.

Tal vez, Edmundo, no escribiste sino para eso, para no perder ese poder, esa fe en la historia—y en el papel del narrador en la construcción de su verdad—que nos obliga a abrazarte en cada retardado, cuidadoso, sorpresivo final.

Creo que no hay un narrador mexicano que no te deba algo—y algunos la vida misma—. Edmundo Valadés, generoso hasta la médula y humilde hasta el tuétano. Su conversación genial, aunque sobria, me seguirá—en presente—amueblando los días y los años. En 1982, cuando yo empezaba a escribir con mediana racionalidad, leí ante él un cuento desastroso (en un encuentro realizado en su homenaje, en Zacatecas). Con discreción, al final del evento, me regaló una fotocopia: el decálogo de Quiroga y me dijo un maravilloso proverbio—ahora sé que de Horacio—que no por obvio es olvidable: Si quieres ser breve, concisión observa. Desde entonces me he convertido en asesino de adjetivos y he procurado seguir su consejo. Quizá por ello, convenga callar. ♦